



Brenda Haines

TU ESPACIO ORGANIZADO

ENAMORATE DE TU CASA,
ENAMORATE DE
TU VIDA





INTRODUCCIÓN

Siempre me atrajo mucho el orden. Nunca nada me dio lo mismo.

Desde muy chica, para empezar a hacer algo, tenía que mirar a mi alrededor y ver que cada cosa estuviera en su lugar, donde debía estar.

Cuando fui creciendo, y empecé a manejarme sola, me pasaba que para salir de casa tranquila, tenía que tener la certeza de que había dejado todo impecable. Y así mi disfrute era completo. De lo contrario, sentía una carga, un peso, que no me permitía conectarme de lleno o dar lo mejor con la actividad que fuera a realizar.

Saber que mi casa estaba en orden, para mí, era saber que mi lugar estaba en paz.

Si el día no había sido tan bueno, saber que al volver a mi casa iba a encontrar un lugar limpio, ordenado, organizado y armónico, era todo lo que necesitaba para ver el vaso lleno de nuevo.

Mi vida fue una montaña rusa. Y el orden, me daba una base sólida. Me ponía en eje. Me permitía pensar con claridad y seguir adelante con una mirada positiva.

Después de cada caída, decepción o pérdida, ordenar mis cosas, mi lugar, hacer limpieza y descarte de lo que no sumaba, era como dar vuelta la página y volver a empezar.

Ordenar, organizar y limpiar nuestro espacio físico, inevitablemente, causa un efecto similar en nuestro interior.

Estudí Diseño de Interiores en la Escuela ORT. Siempre fui una *fashion*

victim, y mientras estudiaba, comencé a trabajar en un local de ropa como vendedora. Me pasaba mucho tiempo ordenando el depósito, así como doblando impecablemente las prendas y ordenándolas por color.

Después de cinco años de trabajar en distintas marcas para un mismo dueño, y de ir del depósito a las vidrieras, este vendió sus concesiones y me quedé sin trabajo.

Por ese entonces, me había dado cuenta de que lo que en verdad quería hacer era *visual merchandising* y la decoración de las vidrieras.

Comencé a trabajar para una marca y creía estar cumpliendo mi sueño, pero a los cuatro meses llegó el quiebre de 2001 en nuestro país y volví a quedarme sin trabajo.

Siempre inquieta, me fui a trabajar con mi hermano. Tenía una agencia de prensa. Jamás había hecho nada parecido, pero empecé por ordenar toda la oficina, las carpetas, los papeles, los trabajos, y así fui entendiendo bastante de qué se trataba. Al poco tiempo reemplazaba el trabajo de dos personas que ya no estaban.

Me encantaba lo que hacía, pero el sueldo no me alcanzaba para nada. Así que durante los diez meses que estuve con él, jamás dejé de mandar mi currículum a todas las marcas de Buenos Aires, soñando con volver a lo mío, ordenar y decorar locales comerciales.

En diciembre de 2001 me llamaron para una entrevista de una reconocida marca de ropa infantil, y ahí comencé mi carrera como *visual merchandiser*. Algo que en nuestro país era completamente desconocido.

Estuve dos años y medio y renuncié. Quería independizarme y empecé a trabajar por mi cuenta. De a poco fui consiguiendo clientes y sumando colaboradores, llegué a tener quince marcas al mismo tiempo y me la pasaba recorriendo todo el gran Buenos Aires de local en local con mi bandera del orden, la imagen y la organización.

En el año 2014, me dije: “Llegó la hora de un cambio, es tiempo de hacer mis propias vidrieras e imagen”, y así me embarqué en el que creía era el sueño de mi vida: abrir mi local. Ese sueño se convirtió en una pesadilla en un año, un mes y quince días. Lo vendí y me deprimí. En doce días cumplía cuarenta años y me sentía una fracasada.

No quería volver a las vidrieras ni al visual. No sabía qué hacer. Empecé a repartir mi currículum de nuevo. Fueron seis meses de un desasosiego inexplicable. No veía el sol en ningún lado. Llevaba a los chicos al colegio, iba al supermercado, me encontraba con alguien a almorzar y no tenía demasiado para contarle a mi marido cuando regresaba de trabajar. Estaba mucho tiempo en casa. Y si siempre me había importado el orden, en ese entonces empecé a afinar el ojo como nunca.

Lo que siempre me había parecido que estaba ordenado, ahora me parecía que podía estar mil veces mejor.

Y una mañana de mayo de 2016 me levanté, me vestí como si fuera a una reunión importante y me senté frente a mi computadora. Puse una hoja en blanco y me dije: “Si pudiera elegir, volver a empezar, ¿qué quisiera hacer? ¿Qué es lo que más me gusta hacer en la vida?”.

Ordenar. Y poder compartirlo con todo el mundo.

En agosto de ese mismo año decidí crear un sitio web, donde además de compartir el blog acerca del orden que venía escribiendo, quería comenzar a ofrecer mi servicio como Organizadora Profesional, tanto para viviendas particulares como para oficinas; mi idea era, y es, poder ayudar a la gente a organizarse en su propio espacio. Así nació “Tu espacio organizado”.

Mi tarea consiste en ordenar los espacios para mejorar la experiencia diaria de, no solo, encontrar cada cosa en su lugar, sino de la forma más funcional y bella posible. Pero lo más importante, enseñarle al cliente a mantenerlo en el tiempo con solo algunos cambios de hábitos, los cuales a medida que los practicamos se convierten en un verdadero cambio de vida.

Este libro es una continuación de este proyecto y espero que no solo disfruten al leerlo sino que los impulse a volver a enamorarse de su casa y así volver a enamorarse de sus vidas.





**EMPEZAR
POR
ORDENAR ALGO**

inspira a ordenarlo todo

★ *Los principios básicos*

— O ABC DEL ORDEN —

Difícil, pero necesario.

El descarte nos produce temor y a la vez adrenalina. Ese miedo de regalar, sacar, tirar, donar una prenda, un objeto, una planta o lo que fuera.

El saber que no lo vamos a tener más.

Miedo al futuro, por si lo necesito.

Miedo al pasado, ese objeto es un recuerdo, representa en mí una vivencia de algo que ya ocurrió.

Miedo a que la o las personas con las que compartimos nuestra casa se enojen por el descarte. Para esto hay que negociar constantemente y entender que si bien no podemos tirar lo del otro sin su consentimiento, tenemos el mismo derecho a no llenar nuestra casa de recuerdos y cosas innecesarias para toda la vida.

Cuando era chica, solía ordenar los cajones, placares y espacios de todos en casa. Sí, desde la ropa de mi papá, el escritorio de mi hermano, los adornos del *living* y los utensilios de la cocina. Metía todo lo que a mí ya no me gustaba en una bolsa y lo único que deseaba era que desapareciera. Cuando mi mamá llegaba y le contaba lo que había hecho, me miraba asustada y me decía: “¡Uhhhh! ¡Cuando papá llegue y vea lo que sacaste se va a enojar!”. Entonces yo pensaba: me sobran argumentos para convencerlo, le hago el recorrido espacio por espacio para

que vea cuán bien quedó todo y que objetivamente me diga si no puede vivir sin aquellas cosas, que seguramente ni recordaba que estaban ahí. Sí, eran dos trabajos, no uno, primero ordenar y luego argumentar y convencer con todas mis fuerzas para no volver atrás. ¿Costaba? Sí, claro, pero cuando estamos seguros de lo que hacemos y contamos con las respuestas para cada pregunta o duda, se puede.

El espacio ya estaba liberado. Mi felicidad era tal por lo que había ordenado que nada ni nadie podía quitármela.

A diario me preguntan: “Pero, ¿cómo hacés si vivís con alguien que no puede tirar nada?”. Tengo un marido muy desordenado y un papá que no puede tirar nada, entiendo perfectamente de qué me hablan. Siempre respondo lo mismo: si estamos convencidos y seguros de que lo que estamos haciendo vale la pena, nuestro espacio se verá mil veces mejor y si lo que estamos descartando solamente es un capricho, resta y tira para abajo nuestro lugar, ¡hagámoslo!

¡Defendamos nuestro cambio! ¡Argumentémoslo! Demos nuestras razones de por qué lo hicimos y de que lo que cambiamos es para mejorar nuestra calidad de vida.



**LOS ORDENADOS TENEMOS EL MISMO DERECHO A
DESCARTAR QUE LOS DESORDENADOS
A ACUMULAR. ¡QUE EMPIECE EL DEBATE!**

Los ordenados tenemos el mismo derecho a descartar que los desordenados a acumular. ¡Que empiece el debate!

Sí, el orden llegó para quedarse. Solo si superamos la primera etapa.

Qué bien me siento cuando me agarra el ataque. Tengo días en los que no quiero nada más, solo quiero vaciar y cambiar la onda, la

energía y la visual de un espacio. Estar en casa muchas horas, por más cosas que tenga que hacer, me pega así. Es increíble, pero cuanto más tengo que hacer, más me atrae ponerme a ordenar ¡y sacar todo!

Es como que hasta que no ordené lo que se me metió en la cabeza, porque me ensañé con tal o cual objeto, no puedo focalizar en lo que realmente tengo que hacer (y para lo cual me quedé). Al final, cuando termino, la felicidad de lo que hice es más fuerte que la culpa por lo que no hice; por suerte me dedico a esto.

Nunca deja de sorprenderme cómo por más ordenados que seamos, siempre hay mil cosas por hacer y mejorar donde sea que estemos. Guardamos cosas que ya no usamos, y las tenemos tan incorporadas a nuestra casa, que es como si estuvieran pegadas. Pero les aseguro que cuando tomamos valor para sacarlas, la felicidad es indescriptible.



GUARDAMOS COSAS QUE YA NO USAMOS, Y LAS TENEMOS TAN INCORPORADAS, QUE ES COMO SI ESTUVIERAN PEGADAS. CUANDO TOMAMOS VALOR PARA SACARLAS, LA FELICIDAD ES INDESCRIPCIÓN.

Veamos un ejemplo concreto: amo las películas y las series, pero seamos realistas, ya vemos muy pocos DVD o nada. La tecnología nos superó y está bueno renovarnos y actualizarnos con ella. Mi papá aún conserva los VHS, que ya no tiene ni dónde ver. Cada vez que voy a su casa y lo veo en su comedor diario, le digo: “Papi, ¿por qué no sacás todo eso de ahí? ¡Ocupan montones de estantes!”. Él me mira, me sonrío y me dice: “¿A vos qué te molesta?”. Nada, papá, simplemente, que ese hermoso estante, que ahora es un espacio muerto, podrías destinarlo a poner unos libros, un lindo objeto y cambiarías por completo la imagen de este comedor.

Hablemos del falso orden.

ORDENAR DE VERDAD
LLEVA TIEMPO, DEDICACIÓN
Y ESFUERZO.



Todos “ordenaaaamos”, pero en el fondo sabemos que no estamos ordenando de verdad. Que ese “orden” va a durar lo mismo que una chocotorta en la heladera. Es un falso orden. Entonces, ¿por qué lo hacemos? Para salir del paso, para no sentirnos tan desordenados, para despejar, al menos por un rato el espacio visual o porque preferimos el autoengaño a reconocer que no queremos ordenar de verdad, de una vez y para siempre. Es que ordenar de verdad, no lo hacemos en dos minutos: lleva tiempo, dedicación, esfuerzo; empezar y terminar, lo cual no es poco.

Si empezamos a ordenar un espacio, sugiero terminarlo, sino, no lo haremos nunca más. Y ya que nos dedicamos a ese espacio descartemos lo que no va. Lo que no se usa o no se usará, lo que ya no nos representa, lo que nos hizo feliz en otro momento, o lo que nos causa nostalgia.

Propongo ordenar un ambiente por día o por semana: pero de principio a fin. No creo en las cosas a medias. No me gustan los grises. No digo que esté bien ni que tenga la razón, pero me gustan los blancos o negros, excepto en la ropa. Todo lo que hacemos para salir del paso, después nos cuesta el doble, y en el orden, sucede lo mismo. No lo hagamos así nomás, hagámoslo bien de entrada y va a durar en el tiempo, porque de lo contrario, es como si nunca hubiésemos hecho nada. El falso orden no se ve. Y lo que no se ve: no existe. Es como en el trabajo, cualquiera sea el que hagamos, podemos hacerlo increíble, pero si nadie lo ve, si no lo mostramos a quien corresponde, si no lo argumentamos, por timidez, perfil bajo

o porque creemos que a la larga se verá solo, o no lo dejamos por escrito, estamos fritos. Gana el que lo muestra con orgullo y seguridad, créanme, lo digo por experiencia. No nos engañemos más, si lo vamos a hacer, hagámoslo bien, como corresponde, no pensando en que después, con más tiempo (nunca), lo haremos mejor, porque ese día nunca llega. Ordenar un espacio de verdad no es meter cosas adentro de un cajón o placar, llevarlas de un lado a otro sin sentido ni meter todo en una bolsa que quedará por meses esperando a que alguien se la lleve.

Ordenar un espacio de verdad, es querer vivir mejor hoy y siempre.

Pero concretamente, ¿cómo arranco?

Les va a sonar raro, pero yo siempre sugiero contar con dos bolsas de consorcio a mano. Una para la basura y otra para donar/vender/regalar. La maxibolsa en la mano motiva.

No nos volvamos creativos a la hora de tirar. Si no lo hemos usado en años, es porque no lo necesitamos. Dejemos de pensar en amortizar.

¿Primero ordeno o primero descarto?

Yo creo que ambas acciones van de la mano, ya que cuando tomamos la decisión de ordenar un espacio, el que sea, desde un cajón hasta un placar, nos involucramos de tal manera, que empezamos a ver con un ojo más crítico todas y cada una de las cosas que fuimos acumulando.

El acto de ponernos a ordenar un espacio, implica sincerarnos con nosotros mismos, y elegir realmente, qué vale la pena conservar y qué no.

Compramos, guardamos, acumulamos, seguimos comprando, y en lugar de sentirnos cada vez mejor, nos sentimos cada vez más agobiados. Es que las cosas pesan. Además de ocupar espacio físico, que muchas veces ni siquiera tenemos, pesan en nuestra cabeza y en nuestro corazón.



YO CREO QUE ESTÁ BUENO MIRAR HACIA ADELANTE,
Y NO HACIA ATRÁS. ME ENCANTA GUARDAR ALGÚN
RECUERDO IMPORTANTE, PERO SIEMPRE Y CUANDO
ME DÉ ALEGRÍA SABER QUE ESTÁ.

Recuerdos que cuando nos los encontramos, nos llevan a momentos de la vida que ya pasaron, o a personas que ya no están, y en lugar de darnos alegría, nos entristecen. Pero la culpa de pensar en desprendernos, no nos deja avanzar.

Yo creo que está bueno mirar hacia adelante, y no hacia atrás. Me encanta guardar algún recuerdo importante, pero siempre y cuando ese recuerdo no me ocupe más espacio del que se merece y me dé alegría saber que está.

Cuando las cosas no nos entran, no nos caben, nos enoja.

Es que el espacio no debe adecuarse a nosotros. Nosotros debemos adecuarnos a él.

Dejemos de hacer fuerza para que entren y poder cerrar ese cajón o esa puerta. Cuando cerramos algo que en realidad no cierra, que no fluye, sin darnos cuenta, seguimos atados a eso que no queremos ver, que no queremos afrontar: adaptarnos al espacio que tenemos y tratar de resolverlo de la mejor manera, quedándonos con lo que suma, y quitando lo que resta, es la verdadera solución.

Es como dejar una caja atrás de una puerta, nunca podremos abrir la puerta sin correr la caja, ¿entonces qué hacemos? Preferimos dejar la puerta cerrada.

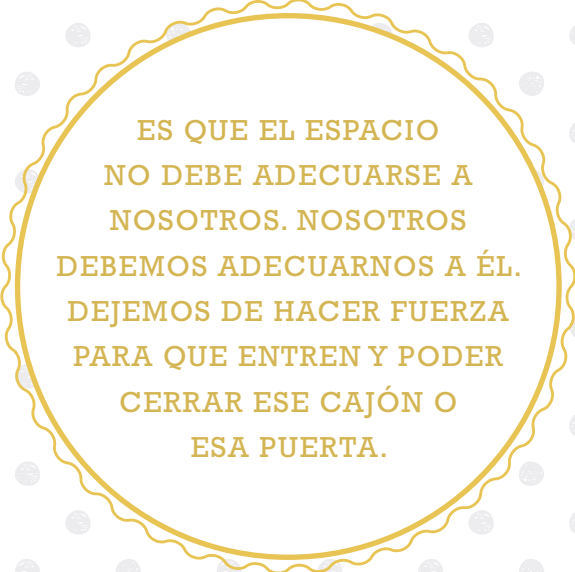
Tomémonos diez minutos para mirar con detenimiento el lugar a ordenar. Miremos de arriba abajo, de lado a lado, saquemos una foto

(esto ayuda muchísimo a verlo desde otra perspectiva e ir viendo los cambios a medida que avanzamos).

Bolsas de consorcio en mano (una para la basura y otra para donar lo que esté en buen estado o que pueda servirle a otro) y ¡a empezar!

También podemos contar con una tercera bolsa o caja para poner las cosas sobre las que tenemos dudas, que necesitamos verlas y reverlas a lo largo de lo que dure este proceso. Eso sí, una vez finalizado el orden decidimos si se quedan o se van. No vale dejar esta caja en duda diez días obstaculizando el paso.

Lo más importante para comenzar a ordenar cualquier espacio es, primero que nada, sacar de allí todo lo que no corresponde a este.



ES QUE EL ESPACIO
NO DEBE ADECUARSE A
NOSOTROS. NOSOTROS
DEBEMOS ADECUARNOS A ÉL.
DEJEMOS DE HACER FUERZA
PARA QUE ENTREN Y PODER
CERRAR ESE CAJÓN O
ESA PUERTA.

Por ejemplo: si voy a ordenar la cocina, quitaré de allí ropa, artículos de librería, de perfumería, etc. Una vez limpio el lugar de intrusos, comenzamos. Vamos por puntos:

1. ¿Sirve? ¿Me gusta? ¿Me importa? ¿Lo necesito? ¿Lo quiero? ¿No puedo vivir sin esto? ¿Me hace feliz?
2. En este punto, tampoco valen las cosas que llevan tiempo guardadas porque algún día las vamos a mandar a reparar, o están rotas pero quizás podrían servir para otra cosa. Salvo que te dediques a las manualidades o restauraciones: se van.
3. Sí: se comienza a ordenarlo. NO: a la bolsa.
4. Una vez depurado el espacio, diagramamos el lugar. Podemos o no utilizar contenedores, pero lo más importante es clasificar, agrupar y darle su lugar a cada cosa. Pero créanme que cuando ubicamos contenedores en un espacio vacío, solamente queremos volver a guardar lo que realmente nos gusta. El contenedor le da un marco, una contención al objeto en cuestión y destaca positivamente el contenido.
5. Cuando empezamos a asignarle a cada cosa un lugar, SU LUGAR, la sensación de disfrute es increíble. No podemos creer que todo puede verse tan bien, tan lindo, tan práctico y nos preguntamos ¿cómo no lo hicimos antes? ¿Cómo no nos dábamos cuenta de cuán olvidado estaba este lugar?

Inmediatamente, queremos ordenarlo todo. Queremos sentir esa adrenalina en cada espacio.

Y esa satisfacción se multiplica cuando vemos todo lo que hemos juntado para regalar, ahí se convierte en un placer completo. Mi casa está quedando increíble, y tengo todo esto para donar, para hacer feliz a otro.

El sentimiento que nos invade es: ¡quiero regalar todo!

Ahora sí, a atacar los rincones (el nido).

ES MUY COMÚN ARMAR NIDO EN CUALQUIER HUECO QUE ENCONTREMOS.



Algunos de los típicos lugares donde acumulamos cosas:

1. Entre espacios muertos, o sea que no sirven para nada más que juntar suciedad: entre el sillón y la pared.
2. Entre el lavarropas y la pared.
3. Debajo de la escalera.
4. En el pasillo.
5. Debajo, detrás o al costado de la cama o mesa de luz.
6. En el balcón o palier.
7. En los cajones de la cocina, la mesa de luz y el escritorio.
8. En la habitación de servicio y el lavadero.
9. En los placares altos donde solo llegamos con una escalera.
10. Debajo de la cama.

Es muy común armar nido en cualquier hueco que encontremos, sobre todo cuando ya no encontramos lugar en los espacios de guardado.



ESOS ESPACIOS SON LOS QUE MÁS MOLESTAN VISUAL Y MENTALMENTE. AL NIDO, COMO SIEMPRE, ES A LO QUE MÁS LE TEMEMOS. PERO UNA VEZ QUE LO ATACAMOS, YA NADA NOS PUEDE DETENER.

Es increíble, pero en realidad, esos espacios, por más que creamos aprovecharlos, son los que más molestan visual y mentalmente.

Al nido, como siempre, es a lo que más le tememos. Pero una vez que lo atacamos, ya nada nos puede detener.

Y, por último, a liberar de cosas y dejar vacíos espacios y lugares claves.

1. Arriba de la mesa del comedor y la mesa ratona.
2. Arriba de la heladera.
3. Detrás de las puertas.
4. Sobre las mesas de luz y cómoda o cajonera.
5. Sobre el escritorio.
6. Sobre la mesada de la cocina y alrededor de la bacha del baño.
7. En el perchero.
8. Sobre el sillón.
9. Y lo más importante de todo: ¡el piso! No podemos no ver lo que está en el piso.
10. Sobre la cama.

El piso, para mí, es como un grano: aunque quiera hacer de cuenta que no lo veo, la mirada se me va indefectiblemente para allí.

Un objeto “tirado” en el piso, sea el que fuere, excepto un juguete con un niño cerca, me genera abandono, desidia.

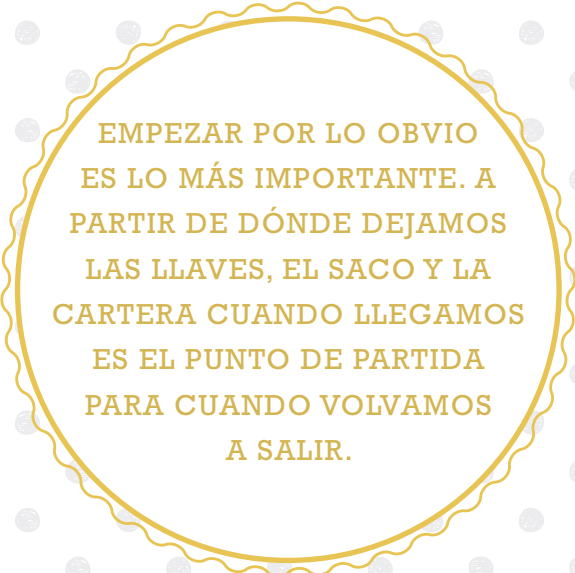
Aunque les parezca increíble, me pasa seguido, que voy a una casa y hay un marcador en el piso. Y yo, que no puedo dejar de mirarlo y pensar en levantarlo, me pregunto: ¿nadie lo ve!?

Empezar por lo obvio es lo más importante. A partir de dónde dejamos las llaves, el saco y la cartera cuando llegamos a nuestra casa, así como los niños sus mochilas y demás, es el punto de partida para cuando volvamos a salir.

A partir de estos puntos, todo fluirá en la medida de nuestras expectativas y necesidades.

“Yo lo vi”, “Esta semana lo vi en algún lado”, “¿Dónde lo vi?”.

¿Ordenamos de una vez y para siempre o seguimos jugando a las escondidas con nuestras cosas?



EMPEZAR POR LO OBVIO
ES LO MÁS IMPORTANTE. A
PARTIR DE DÓNDE DEJAMOS
LAS LLAVES, EL SACO Y LA
CARTERA CUANDO LLEGAMOS
ES EL PUNTO DE PARTIDA
PARA CUANDO VOLVAMOS
A SALIR.